gar á las cucharillas de oro, diversas confituras y almíbares de frutas que hubieran satisfecho el paladar más exigente. La presencia de las sirvientes dió entretanto nuevo giro á la conversación, tratándose de distintos asuntos con una alegría que probaba el estado de aquellos tres corazones, y hasta se prodigaron justos elogios á las delicadas obras de repostería con que eran obsequiados.

Dejémosles acariciar en la imaginación encantadores proyectos, largo tiempo deseados, y mientras se entregan, al parecer, á la frívola conversación, propia de la buena sociedad, volvamos al convento de carmelitas para ver los primeros pasos que daba Teresa en el áspero camino de la Reforma, la cual emprendía con tal desaliento á pesar de su triunfo inesperado, que la hacía volverse á Dios y decirle con sencilla ternura:

— «Señor mío, ¿cómo me mandáis cosas que parecen imposibles? ¡Si aunque fuera mujer tuviera más libertad! Pero atada por todas partes, sin dinero ni por donde tenerlo, ni para el Breve, ni para nada, ¿qué puedo hacer, Señor?» (P. Yepes, lib. II, cap. IV, fol. 199.)





# CAPÍTULO IX

EL CONVENTO

T

nas Doña Juana recibió la carta de su hermana, dispuso aceleradamente el viaje con su marido y un tierno niño, primero y adorado fruto de su unión. Muy contenta de ser útil en algo á Teresa, llegó á Ávila, y apenas fué al convento tuvo con la religiosa una larga conversación; recibió en buenos ducados la corta cantidad que la hija de Cepeda tenía en su poder, que, aunque insuficiente para los primeros gastos, tal era la confianza de Teresa que la comunicó á la esposa de Ovalle, y todo lo juzgó allanado y fácil de emprender.

Doña Guiomar acudió solícita á visitar á Juana, y se puso de acuerdo con ella para favorecer la empresa en cuanto le fuera posible.

En tanto Ovalle compró la casa á su nombre,

y se concertaron los oficiales que habían de hacer la obra; agotado el escaso capital con el primer desembolso, no quedaba á la hija de Cepeda recurso alguno, lo que la hacía andar inquieta y cavilosa, aunque nunca desconfiada.

Oraba una noche, y encomendaba al Señor sus trabajos, cuando un resplandor intenso la dejó por algunos instantes como privada de sentido; al fin su espíritu se acostumbró á esta irradiación maravillosa, y vió que en el centro de aquel foco de luz se dibujaba una hermosa figura, á quien saludó con toda la efusión de su alma agradecida.

Era su amado protector San José, el apoyo constante en las tribulaciones que la afligían y el médico celestial á quien tantos consuelos debiera, que con halagüeño semblante la tranquilizaba, asegurándole «no temiese concertar á los trabajadores, que Dios proveería á la paga».

Esta aparición fué un rocío del cielo que calmó enteramente sus congojas, recobró la paz y esperó confiada el cumplimiento de tan solemne promesa.

II

Al caer la tarde del siguiente día, una dama envuelta en un amplio manto de seda negra llegó al torno y preguntó con gran interés por Doña Teresa de Cepeda.

—No puede venir,—repuso la Hermana Tornera;—está en la celda de nuestra Madre Priora.

La dama suspiró, y dijo á la vez que ponía en el torno un envoltorio pequeño:

-Mucho siento no verla; mas ya que es imposible, tenga vuesa merced la bondad de darle este encargo, y rogarle que encomiende al Señor una grave necesidad.

-¿El nombre de vuesa merced?

—No hace al caso; dígale sólo que volveré: adiós. Madre.

-Él vaya con vuesa merced.

La Tornera puso el paquete á un lado, y continuó sus ocupaciones sin acordarse más de él, hasta que después de cerrar fué á llevarlo á Teresa.

—Esto han dejado para su reverencia, —dijo; —mas no sé quién haya podido ser.

—¿Cómo es eso?— preguntó sorprendida la hija de Cepeda.

La religiosa contó lo poco que sabía, y se retiró después.

Teresa deshizo el paquete, y con gran asombro vió caer en su falda buena cantidad de doblas de Castilla, y un papelito que contenía estas palabras: «Para la piadosa obra que ha emprendido su reverencia.»

La religiosa levantó los ojos al cielo, y el más dulce de los himnos que puede entonar la gratitud se exhaló de su corazón. El humilde carpintero de Nazareth había cumplido su promesa.

En cuanto á la dama, inútil es decir que no volvió. ¿Era alguna de las personas que secretamente se interesaban en Avila por el triunfo de la Reforma? ¿Era una ofrenda para implorar la misericordia de Dios por medio de las oraciones de su sierva? Nadie reveló jamás el misterio.

No en balde, al tratar de su primera fundación

y de los trabajos que le costó llevarla á cabo, asegura que más de una vez el Señor la proveía de dineros por caminos tan extraordinarios que ella misma se espantaba.

## III

Cayó ligeramente enfermo en estos días Juan de Ovalle, y Teresa tuvo por ello ocasión de ir con frecuencia á casa de su hermana; la primera vez que visitó la obra del nuevo monasterio, al trazarlo en su imaginación, lo halló tan estrecho que le pareció imposible pudieran acomodarse en él. Volvió con esta pena á la Encarnación, más triste y desanimada que jamás lo estuvo, y puesta en oración confió al Señor sus congojas, sin obtener de Él respuesta alguna.

Al comulgar en la mañana siguiente, y cuando más abismada se hallaba en la contemplación de la inmensa maravilla que Dios había querido hacer por amor á las criaturas, cruzó por su pensamiento, para atormentarla de nuevo, la idea de lo pequeña que iba á ser la nueva casa; al mismo tiempo vibró en su alma la voz de Jesús, no halagüeña como otras veces, sino imponente y severa.

—«Ya te he dicho que entres como pudieres.» (Vida de la Santa Madre, escrita por ella misma, cap. XXXIII, núm. 7.)

Y después de estas palabras, añadió con triste acento, como si hablase para sí:

—«¡ Oh codicia del género humano, que hasta tierra piensa que le ha de faltar! ¡Cuántas veces dormí Yo al sereno por no tener donde reco-

germe!» (Vida de la Santa Madre, escrita por ella misma, cap. XXXIII, núm. 7.)

Esta suave queja penetró de tal modo en el corazón de la humilde religiosa, que al referirlo dice así:

«Quedé muy espantada, y vi que tenía razón; fuí á la casita, tracéla, y hallé, aunque muy pequeño, monasterio cabal, y no curé de comprar más sitio, sino procuré se labrase de manera que se pudiera vivir, aunque todo tosco, sin cuidar sino de que no fuese nocivo á la salud, y así se ha de hacer siempre.» (Vida de la Santa Madre, escrita por ella misma, cap. XXXIII, núm. 7.)

Apenas tranquila en este asunto, comenzó á angustiarla el considerar que la obra adelantaba y el Provincial nada sabía. ¿Cómo lollevaría al tener conocimiento de ello? Pero Jesús acudió prontamente en su auxilio, y le ordenó que mandase á Roma por el Breve; dióle al mismo tiempo prudentes avisos, y le encargó guardara secreto por entonces.

# IV

Había llegado el día de la Asunción de Nuestra Señora, fiesta que tan gratos recuerdos tenía para Teresa; y concluída la función que se celebró en el convento, religiosas y pensionistas se esparcieron por claustros y jardines para gozar alegremente de la recreación, que hacía más agradable la fresca temperatura que empezaba á sentirse.

Teresa, que determinó pasar aquel día con su hermana, salió temprano, y después de permanecer algunas horas con ella fuése á un convento de dominicos, donde asistió á la solemne función conque los devotos hijos delilustre Patriarca festejaban tan glorioso misterio.

Buen rato hacía que había terminado, y aún el vago perfume del incienso formaba espirales en las elevadas bóvedas, mientras la luz, atenuada por gruesas cortinas, dejaba el templo en una semiobscuridad. Teresa, sumida en dulce arrobamiento, no se apercibía de la soledad que la rodeaba; envuelta en su negro velo y separada enteramente de la tierra, consideraba los muchos pecados que en tiempos anteriores había confesado en aquella misma iglesia, y se afligía pareciéndole su vida harto ruin, cuando uno de aquellos éxtasis maravillosos que con frecuencia se apoderaban de ella la embargó de tal modo que casi le arrebató el sentido.

«Parecióme estando así, dice, que me veía vestir una capa de mucha blancura y claridad; al principio no veía quién me la vestía; después vi al lado derecho á Nuestra Señora, y á mi Padre San José á la izquierda, que me ponían aquella ropa, dándome á entender que ya estaba limpia de pecados. Acabada de vestir con grandísimo deleite y gloria, me pareció asirme Nuestra Señora de las manos; díjome que le daba mucho contento en lo que servía al glorioso San José; que creyera que lo que pretendía del monasterio se haría, y en él se serviría mucho al Señor, y que no temiese habría quiebra en esto jamás.» (Vida de la Santa Madre, escrita por ella misma, cap. XXXIII, núm. 9.)

Sintió después como si le ciñeran un collar,

y lo vió de oro resplandeciente, con una cruz de piedras, cuyos rayos deslumbraban, y acrecentó María el valor de tan preciosa dádiva con decir á su sierva «que le daba aquella joya en señal de la verdad de sus palabras». (Vida de la Santa Madre, escrita por ella misma, cap. XXXIII, núm. 9.)

Cuál quedó Teresa de esta dulcísima aparición, júzguelo el que pueda, porque imposible sería explicarlo; mas como siempre se juntaba á la miel de los divinos favores el acibar de las penas, pues unos y otras probaban el oro de su virtud, no transcurrieron muchos días sin que una nueva amargura se atravesara como punzadora espina en la senda donde tantas otras había encontrado.

#### V

Para ejercer la vigilancia que necesitaba el adelanto de la obra se valía Teresa de la prudente libertad que sus Reglas le permitían, y aun acompañada de su hermana solía asistir algunas veces á las solemnes funciones religiosas que se hacían en aquellos tiempos de espléndida fe.

Hallábase un día con Doña Juana en la iglesia de Santo Tomás, cuyas amplias naves llenaba un escogido auditorio, ávido de escuchar á un religioso célebre por su vasta ciencia; desgraciadamente esta persona, á quien no se podía negar un gran talento, tenía el carácter más fuerte de lo que convenía al estado que profesaba; y si se añade que de las opiniones que habían levantado en Avila los proyectos de Teresa la

más contraria fué la suya, se comprenderá con el gusto que aprovechó la ocasión de proclamarla

donde nadie pudiera contradecirle.

Al ocupar el orador la cátedra sagrada, tendió la vista en derredor y apercibió á una religiosa arrodillada é inmóvil, que no le costó trabajo adivinar quién era; y creyendo hacer un bien al pueblo arrancando la máscara á la que juzgaba ilusa ó hipócrita, lleno á su parecer de un santo celo, se propuso que no olvidara nunca las palabras que iba á oir.

Con esta intención empezó el discurso adornado de las galas oratorias en que tan diestro era; trató de arrobamientos y revelaciones, primero en general; después marcó bien el tipo que deseaba ridiculizar, y por último lo explicó en frases tan claras y desabridas, que sólo le faltó señalar con la mano al inocente objeto de su en-

cono.

186

Doña Juana de Ahumada, roja como una amapola, no sabía dónde mirar, pues le parecía que todos los ojos estaban fijos en ellas, y que un grito de general reprobación iba á marcar con estigma de fuego la frente de su hermana; los fieles cambiaban entre sí frases poco caritativas y movimientos de aprobación, mientras Teresa continuaba arrodillada y tranquila, abismada en la contemplación del Santuario y puesto el corazón en Aquel que sufrió todas las afrentas por nuestro amor, para darnos ejemplo de sufrir por el suyo; el color de su rostro distaba tanto de las encendidas tintas del rubor como de la pálidez de la ira; así, la esposa de Ovalle, al mirarla en una de las ocasiones que más la afrentaba el

predicador, sintió vivo despecho, porque aquella tranquilidad le pareció el colmo de la indiferencia.

Acabado el sermón, salieron ambas del templo, y Doña Juana empezó á caminar como si llevase alas en los pies; tardábale llegar á su casa, y ocultar en ella las lágrimas que su orgullo herido le había hecho derramar durante aquel amargo rato; en cambio la esposa de Jesús, casi gozosa de la notoria injusticia con que la trataban, sólo padecía al ver la sincera pena que experimentaba su hermana querida, y hubiera deseado, aun á costa de los mayores sacrificios, comunicarle la hermosa paz de que ella disfrutaba.

### VI

Algunos días después de este suceso conversaba Teresa de Cepeda con Doña Guiomar de Ulloa en casa de tan fiel amiga, cuando un rumor, sordo al principio y convertido después en espantosa gritería, vino á interrumpirlas, oprimiendo angustiosamente sus corazones.

Levantáronse ambas é iban á salir, cuando llegaron á detenerlas dueñas y doncellas, que entraban alborotadas haciendo grandes lástimas, á la vez que demostraban los mayores extremos de dolor.

—¿ Qué ha sucedido?—preguntó la viuda seriamente alarmada, en tanto que Teresa, sin pronunciar ni una frase, pedía mentalmente fuerzas al Señor para resistir el nuevo golpe que presentía.

—Una horrible desgracia,—respondió entre sollozos la más joven de las sirvientas.

-¿Pero dónde?... ¿Cómo?... ¡Acaba de explicarte!—insistió la de Ulloa.

—En la obra,—se apresuró á contestar una de las dueñas;—el hijo de mi señora Doña Juana andaba entre los trabajadores, cuando inesperadamente ha caído un trozo de pared...

-¿Y está herido el niño?

-; Muerto!!

Esta palabra, que vibró aterradora como el estampido de un rayo, hizo á Doña Guiomar exhalar un ronco grito; Teresa, más pálida que el mármol, creyó por un instante que las fuerzas la abandonaban; pero venció animosa aquel amago de debilidad, y sin pronunciar una queja, ni derramar una lágrima, se dirigió á la obra seguida de la viuda y de las mujeres de la servidumbre.

#### VII

Cuando llegó Teresa, reinaba en todos espantosa desolación; las faenas se habían suspendido, los útiles y herramientas yacían abandonados; los trabajadores, sombríos y abatidos, deliberaban sin saber qué hacer; entre ellos, y al lado de un montón de escombros, estaba el tierno niño de apenas cinco años, tendido en tierra como una azucena tronchada por el vendaval.

Al verle la religiosa, sintió flaquear su ánimo. ¿Qué iba á ser de los esposos Ovalle al saber tal desgracia? ¿Cómo ocultársela? Las malas nuevas tienen alas para llegar á los corazones que han de quebrantar, y era de temer que tuvieran ya conocimiento del trágico fin de su hijo adorado.

En el instante que, rígida y helada como el inocente cadáver, le levantaba la hija de Cepeda, y sentándose en una gruesa viga le colocaba en sus faldas con amoroso y delicado esmero, se dejó oir un grito desgarrador: Doña Juana, loca, delirante, sin voz ni lágrimas, iba á arrojarse sobre el niño con el furioso dolor de la leona que encuentra sin vida á sus cachorros; mas antes de llegarlo á tocar, cayó á los pies de Teresa retorciéndose las manos, á la vez que exhalaba convulsivos sollozos.

Los corazones se oprimieron ante la inmensa congoja de la infeliz madre, y gruesas lágrimas surcaron silenciosas las curtidas mejillas de los trabajadores. Doña Guiomar, aunque muy efligida, era la única que conservaba ánimo; y como tenía tanta fe en lo que la virtud de Teresa podía para con Dios, veía muerta á la criatura, y sin embargo esperaba.

—Hermana.—dijo muy quedo á la religiosa;—el poder de nuestro Señor no tiene tasa, y

si quiere puede dar vida á esa criatura.

La hija de Cepeda la miró profundamente; contempló después á la madre, cuyo dolor hubiera podido enternecer, no ya á los corazones, sino á las duras piedras que la rodeaban, y un mundo de amargos pensamientos nubló su pálida frente; ¿cómo tornaría á Alba la esposa de Ovalle, sin llevar consigo la alegría de su hogar y la esperanza de su vida? ¿No había venido sólo por ayudarla, y no era de temer que llegara día en que dijera: ¡Desdichada fué mi venida, pues cues-

ta la existencia de mi hijo? (El espíritu de lo referido es del lib. II del P. Yepes, fols. 205 al 206.)

¿Qué pasó entonces en el interior de la hija de D. Alonso? Secreto fué entre Dios y ella; envolvióse en su velo, ocultó enteramente al niño con él, unió sus labios ardientes á los del yerto cadáver, lloró y oró con toda la fe de su alma, y permaneció recogida algunos instantes, esperando en la divina misericordia.

Todos callaban: la misma madre suspendió sus lamentos; arrodillada, anhelante y tendidos los brazos, parecía la estatua del dolor.

El milagro no se hizo aguardar; Jesús, que había resucitado á Lázaro por las súplicas de Marta y María, accedió á las de su esposa: un leve movimiento mostró que el niño volvía á la vida; siguió un suspiro que más expresaba descanso que sufrimiento; Teresa abrió su velo, y la multitud atónita vió que la criatura sonreía y tendía á su madre las manecitas ya rosadas.

—¡Toma allá tu hijo!—dijo la religiosa con halagüeño rostro, mientras entregaba el tierno infante á Doña Juana, que reía y lloraba al mismo tiempo.

Un grito de admiración siguió á estas palabras, y las manifestaciones de alegría reemplazaron á las congojas pasadas; el niño, sano enteramente, fatigado de las extremosas caricias con que le abrumaban, se desprendió suavemente de los maternales brazos, y empezó á jugar, no sin interrumpir á veces los infantiles recreos para abrazar á su tía y distraerla con niñerías encantadoras.

-Madre Teresa, -decía cuando, ya crecido,

recordaba el desgraciado episodio de su infancia:—vuesa reverencia está obligada á hacer que Nuestro Señor me lleve al cielo, pues por su causa no estoy allá desde aquel día. (Todo lo referido es del P. Yepes, en el lib. II y folios antes citados.)

